

Todo Corre, Mucho Fluye, Algo Permanece Cambio y Estabilidad Social

279
ARTICULOS

Maritza Montero^{1 2}

Universidad Central de Venezuela, Caracas, Venezuela

Compendio

Desde una perspectiva psicosocial se aborda un problema presente en las ciencias sociales: por qué los cambios sociales no ocurren cuando se los espera, por qué se dan inesperadamente. Se señala cómo en la psicología social: 1) ha predominado una concepción del cambio social naturalizada por el sentido común, según la cual la sociedad es esencialmente dinámica y los cambios sociales se "sienten" simultáneamente en todos los ámbitos sociales; 2) se señala el aspecto perturbador del cambio; 3) Se muestra su carácter fundamentalmente individual. El análisis crítico de esta situación se organiza en torno a las siguientes preguntas problematizadoras: ¿Por qué a pesar de las "revoluciones" algunas cosas no cambian? ¿Por qué se cristalizan los logros "revolucionarios"? ¿Cómo es que a pesar del autoritarismo y la represión se producen cambios? Dicho análisis se enfoca desde las nociones de *habitus* y de *reducton social*, considerando aspectos tales como el *tempo* psicológico, el *tempo* institucional, el *tempo* histórico para hacer una construcción de los procesos que pueden llevar a las transformaciones insensibles, los cambios dolorosos, las permanencias insufribles y los mantenimientos confortables.

Palabras clave: Cambio social; dinámico; stásis social; *habitus*; reducton social.

All is Flux, Nothing is Stationary. Social Change and Stability

Abstract

A problem present in social sciences is addressed from a psychosocial perspective, showing how psychology has taken on some current ideas in their naturalized commonsensical version establishing that society is essentially dynamic, and that social changes simultaneously affect all social realms. In examining the scant responses given by social psychology, the disrupting effect of social change, or its individualistic realm is pointed out. A critical analysis of this situation is organized around several problematising questions: Why in spite of "revolutions" some things do not change? Why certain revolutionary achievements become "crystallized" (fixed)? How is it that in spite of authoritarianism and repressive actions changes are produced? This analysis focuses on the notions of *habitus*, and social reducton, considering such aspects as psychological time, institutional time, and historical time, in order to construct an explanation of the processes leading to unfelt transformations, sorrowful changes, insufferable permanence, and comfortable upholdings.

Keywords: Social change; dynamics; permanence; *habitus*; social reducton.

¹ Dirección: Apdo. 80394, Prados del Este, Caracas, 1080-A, Venezuela. E-mail: mmontero@reacciu.ve

² Versión preliminar fue dictada en la conferencia del 28º Congreso Interamericano de Psicología, Santiago de Chile, en 31 de Julio de 2001.

Hay una pregunta que aunque hecha con demasiada frecuencia en nuestras vidas cotidianas, al parecer no es tan popular en el campo de la ciencia, en particular de la psicología, de la cual no ha recibido todavía una respuesta satisfactoria. Esa pregunta es, en su forma más sencilla y directa la siguiente: ¿Por qué a pesar de todo lo que se hace para que algunas cosas cambien, estas no cambian? O formulada desde el ámbito de las ciencias sociales ¿Por qué si la sociedad es dinámica, a pesar de ello muchos aspectos permanecen invariables o parece que sólo sufren pequeñas o insignificantes variaciones? ¿Cómo es que si todo cambia, al mismo tiempo pareciera que ciertas cosas permanecen? La pregunta me parece tanto más intrigante, por cuanto recientemente, en uno de esos momentos ciegos del día, encendí el televisor en un programa de noticias, el cual en su sector editorial, mostraba cómo en los libros de texto aprobados por el Ministerio de Educación de Venezuela para el año lectivo en curso (2000-2001), se indicaba que los cambios sociales introducidos de manera pacífica podían tardar mucho, por lo cual a veces era necesario usar la fuerza para producirlos rápidamente.

Es decir, que en esa peculiar definición del cambio social, de su ritmo, velocidad y origen (puesto que todo ello se contempla en esas breves líneas), parece darse por sentado que para hacer la revolución (con o sin mayúsculas), para que se produzca el Cambio (con mayúsculas ahora), basta introducirlo de manera impositiva, por la fuerza. Se lograría así la transformación global, unitaria y monolítica de una sociedad. Como la experiencia y la historia nos indican, si bien es cierto que una revolución produce transformaciones, no basta para cambiarlo todo. Y en efecto hay muchos ejemplos de ello en todo el orbe. La psicología, cuando ha producido reflexiones al respecto, sólo parece considerar al cambio como una circunstancia natural; como algo presente, constante y por ende pocas veces estudiado. Se acepta su presencia como un hecho natural, inevitable y estable. Y no hay muchas preguntas sobre la estabilidad, al parecer implícitamente aceptada como un hecho deseable. Examinaré algunas de las explicaciones producidas en el ámbito psicológico, que dan una idea de cómo se ha tratado el tema en esa disciplina. Sin embargo, hasta donde sé, no hay una explicación integradora, o de carácter holista, que permita reunir dinámica y stásis, es decir, la transformación y la constancia, a fin de comprender cómo se producen cambios inesperados y por qué no ocurren aquellos por los que tanto se hace en un momento dado.

Las Nociones de Cambio y Transformación, de Estabilidad y Permanencia

Las nociones de cambio y de estabilidad no deberían ser tratadas como fenómenos separados, independientes, sino como aspectos complementarios. Como componentes de una misma totalidad en la cual interactúan, se interinfluyen y son interdependientes. Sin embargo, muchas explicaciones al uso parecen hacerlas opuestas y aun excluyentes.

Ello puede deberse a que el cambio está asociado, tanto en la ciencia como en el sentido común, con el movimiento. La idea es antigua. Fue Aristóteles el primero en considerar al cambio como equivalente del movimiento, consideración que sigue vigente en las ciencias sociales, y que podría explicar por qué, implícitamente, cuando se habla de cambio en la sociedad se supone que ocurre en un medio estático, en algo detenido, a lo cual saca de su inmovilidad o presta velocidad. Así, cuando se habla de movimientos sociales, reconocidos como fuerzas propulsoras de transformaciones sociales, se les suele considerar como la respuesta a una sociedad vista como estancada, paralizada. Esto corresponde a una concepción inerte de la sociedad. Acción e impulso se supone que vienen del movimiento transformador, pero no es posible olvidar que existen también movimientos sociales orientados al mantenimiento de formas de vida social, a la conservación de estructuras e instituciones.

Por ejemplo, una teoría que a fines de los años 70 del siglo XX irrumpía como una respuesta novedosa a las explicaciones que sustentaban la capacidad de las mayorías organizadas para imponer su punto de vista a las minorías, acallándolas, la teoría de las minorías activas, propuesta en 1979 por Serge Moscovici y desarrollada durante la década de los 80 por diversos investigadores entre los cuales Mugny (Moscovici & Mugny, 1987; Mugny, 1981), Paicheler (1985), Doise (1987), Ibáñez (1987), entre otros, a pesar de su propuesta innovadora referente a la capacidad que tiene una minoría organizada de imponer sus ideas, mantiene todavía la escisión, pues cambia el signo conservando el origen parcial, polarizado, de la influencia, a la vez que mantiene la separación entre ambas formas de presión hacia la transformación. Y esto ocurre porque no considera cómo el efecto de la conversión, proceso clave en la influencia social, puede darse en dos sentidos: de la minoría hacia la mayoría, pero también viceversa, de la mayoría hacia la minoría innovadora; lo cual no ocurre separadamente. Como he analizado en otra parte (Montero, 1994, 1997), fuera del laboratorio, en la vida cotidiana, existe una tensión dialéctica entre minorías y mayorías, que continuamente produce avances y retrocesos en uno y otro campo. Una es la respuesta experimental que para el caso de la mayoría, obtenían Asch (1951, 1952) o que demostraba para la minoría Moscovici (1979) y otra la acción de flujo y reflujo observada, por ejemplo, en movimientos comunitarios, artísticos, tecnológicos o laborales, en la vida cotidiana de una población (cf. Montero, 1994, 1997; Sánchez, 2000).

La sociedad es dinámica. Todo el mundo lo sabe. Está escrito en numerosos libros, repetido en numerosas aulas y también y en primer lugar, inscrito en nuestras vidas. Aún para mantener la estabilidad, es necesario desplegar grandes esfuerzos, impulsar mucha actividad, usar de mucha(s) fuerza(s). Lo mismo pasa con las transformaciones. Hay innovaciones que han necesitado mucho tiempo y grandes trabajos para imponerse. Por eso es necesario hablar de una dinámica del cambio y de una dinámica de la estabilidad. O mejor aun, de una dinámica del cambio y de la constancia.

Transformación y Estabilidad. Relaciones Paradójicas

Es necesario para hacerlo romper con las visiones naturalizadas, que escinden y mantienen aparte en la idea, a la dinámica y la stásis sociales. También es necesario partir de una concepción basada en la complejidad y no dirigida por la reducción simplificadora. Mas aun, hay que aceptar la paradoja que reside en el hecho de que el equilibrio y la permanencia exigen esfuerzos ya que no sólo suponen acciones continuas y a veces muy vigorosas, sino que además pueden producir transformaciones. Y asimismo, los esfuerzos dirigidos a la transformación pueden no generar los cambios deseados y planificados, por más dramáticos e intensos que parezcan, e incluso cuando la amenaza y la violencia los acompañen. El efecto perverso, ya señalado por Boudon (1984, p. 66) es una ilustración de la paradoja: Acciones de intención benéfica, cuidadosamente planificadas para lograr un cambio deseado y considerado como provechoso, pueden tener un efecto cuyo valor sea colectivo o individualmente negativo e inesperado.

Pareciese que la noción de cambio hubiese sido relegada a un área especial de lo social, en la cual por cambio sólo se entendiese dramáticas transformaciones en las organizaciones y estructuras, o cataclismos sociales. O bien, que al analizar tal tipo de acontecimientos se ignorasen los matices y la pluralidad de respuestas. Con tales interpretaciones monolíticas no se puede explicar por qué personas que participan en grandes movimientos revolucionarios, mantienen en sus vidas modos de actuar, comportamientos que perpetúan en el nivel intersubjetivo, las mismas relaciones que buscaban transformar en el campo macrosocial.

Y a pesar de que Boudon (1984) ya advirtió que “un principio fundamental de las sociologías de la acción es que el cambio social debe ser analizado como la resultante de un conjunto de acciones individuales” (p. 39), lo que parece ocurrir es que ese nivel no es considerado, y que hace falta estudiar el efecto de los hechos sociales en la vida cotidiana. Es decir, el ámbito en el cual las prácticas sociales y culturales son llevadas a cabo, regulando la velocidad y dirección de la vida social. El ámbito en que lo individual se hace social y lo social deviene individual. Es necesario entonces partir de la complejidad, de la cotidianeidad y del carácter borroso de los fenómenos psicosociales, que indica que los límites entre muchos acontecimientos de ella, no puedan ser establecidos tajantemente.

El Cambio y la Permanencia en la Psicología Social**La Perspectiva Conservadora: El Horror al Cambio**

Así como ha sido difícil para la psicología estudiar los aspectos psicológicos del cambio social y los efectos psicológicos derivados del mismo, una vez que se decide tratar el tema analizando sus efectos en los individuos y grupos, la visión que parece predominar es la del carácter deseable y positivo de la estabilidad. Ciertamente, los períodos de guerra, éxodos, catástrofes naturales, hambrunas, descubrimiento de fuentes de recursos (fiebre del oro, p.e.) con los consiguientes

procesos migratorios, generan innúmeros problemas sociales. Pero, igualmente, para muchas personas suponen la oportunidad de comenzar una nueva vida, mas digna, mejor, más próspera y pacífica que la anterior. Los delincuentes y prostitutas enviados a Australia como castigo a sus crímenes, fundaron una sociedad próspera, mas abierta que aquella que fueron forzados a abandonar y en la que pudieron gozar de un modo de vida más decente que el que dejaron en Inglaterra, Escocia e Irlanda, a la vez que con mayores y mejores recursos. Lo mismo puede decirse de los colonizadores de América, si bien es también cierto que los aborígenes desplazados y desposeídos de sus tierras, perdieron esas mismas ventajas.

Como vemos en el ejemplo traído a colación, los efectos de los cambios sociales pueden ser múltiples y de variado signo, a la vez negativos y positivos y siempre complejos. No es posible ni prudente asignarles un solo valor. Sin embargo, cuando la psicología y en particular su rama social, se ha asomado al tema, suele privilegiarse la consideración del cambio social como “una transformación de las estructuras sociales” que supone necesariamente una ruptura temporal del consenso social (Shibutani, 1961, p. 568), y que como consideraban a inicios del siglo XX, Thomas y Znaniecki (1918) acarrearán desorganización social.

Conforme a esta visión, la estructura social está conformada por patrones de acción concertada, los cuales se mantienen mientras los miembros de una sociedad involucrados en ellos actúen conforme a las normas establecidas. De esa conformidad derivarían las condiciones habituales de vida y el comportamiento acorde a ellas. Pero al debilitarse la observación de las normas o al ocurrir acontecimientos que desencadenan crisis, es difícil para algunas personas seguir cumpliendo sus obligaciones habituales, por lo cual comienzan a cuestionar la situación y su normatividad, produciéndose en consecuencia una ruptura del control social. Implícitamente hay aquí una consideración de que la sociedad en su estado actual (cualquiera que éste sea), está bien. El cambio generará un desajuste perturbador.

El control social en esta explicación está situado en los propios ciudadanos, ya que como vemos, al dejar de observar las normas, cuestionan, critican, rechazan y se vulnera e incluso se desecha, un modo de actuar. Esta posición, presentada por Shibutani en 1961, se resume en los siguientes aspectos: Situación de crisis, cambio en las condiciones de vida, surgimiento de nuevas necesidades, esfuerzo colectivo para ajustarse a la situación, surgimiento de nuevas formas de acción, abandono de viejos significados, ruptura del control social, e institución por consenso de algunos patrones colectivos de acción.

De acuerdo a esa posición se parte de un orden atacado por una situación crítica, para llegar a otro orden que restablecerá la estabilidad e implantará algunas normas, nuevas e igualmente canónicas. Cabe observar que, aun cuando la magnitud del cambio puede variar, siendo a veces muy violento y profundo, no es total. Siempre permanecen ciertas costumbres, ciertas reglas. Ni el emperador Chi' Huang Ti en la China del siglo II a. C., quienes hiciera la primera revolución

cultural con absoluta prohibición de usar libros provenientes de la tradición (dinastías, emperadores y sabios que le antecedieron), que no fuesen técnicos, no pena de muerte; ni la revolución cultural de Mao Tse Tung en ese mismo país (del mismo estilo), ni la sangrienta persecución implantada por Pol Pot en Camboya, lograron erradicar ni el conocimiento previo, ni ciertas creencias, ni ciertos hábitos aun hoy presentes. Tales procesos marcaron profundamente las sociedades en que ocurrieron, produjeron enormes movilizaciones forzadas, causaron gran número de muertes y sufrimientos, introdujeron ideas y acciones, y una vez cesada la intervención, pasada la crisis, desaparecido el poderío y la fuerza ejercida para sostener el cambio impuesto, viejas costumbres volvieron a emerger. Hubo profundos cambios y a la vez, ciertos modos de hacer y de ser se mantuvieron.

Y sin embargo, el período de transición entre una situación social y el cambio social que la sustituirá es un momento de intenso despliegue energético, a veces de profunda convulsión y de febril actividad. Según Shibutani (1961), los procesos de transición hacia el cambio se expresan mediante:

- Desacuerdo respecto de los modos de conducta hasta ese momento considerados apropiados.
- Incomprensión de lo que ocurre, errores, confusión.
- Ridiculización, a veces condena y castigo de quienes siguen las viejas normas.
- Disolución de ciertos grupos, surgimiento de otros nuevos.
- Dificultad para obtener gratificaciones razonables.
- Desaparición de viejos significados.
- Sensibilización hacia nuevas posibilidades.
- Cuestionamiento y crítica mutuos entre conservadores e innovadores.
- Cambios en las redes de interacción interpersonales.
- Cambios en las expectativas personales
- Grandes variaciones en la conducta.

Una situación como la que he resumido en los hechos anteriores, necesariamente genera conflictos. Para esta perspectiva los modos de “evadir” (Shibutani, 1961, p. 569) esos conflictos comprenden acciones tales como:

- Ridiculización, a veces condena y castigo de quienes siguen las viejas normas.
- Disolución de ciertos grupos, surgimiento de otros nuevos.
- Dificultad para obtener gratificaciones razonables.
- Desaparición de viejos significados.
- Sensibilización hacia nuevas posibilidades.
- Cuestionamiento y crítica mutuos entre conservadores e innovadores.
- Cambios en las redes de interacción interpersonales.
- Cambios en las expectativas personales.
- Grandes variaciones en la conducta.

La perspectiva planteada es la de una situación de tensión que genera perturbación sobre la conducta individual. Otra corriente asume esa repercusión desde una posición diferente.

La Perspectiva del Crecimiento: Las Ventajas Personales del Cambio

Una situación como la que simplícidamente se ha descrito necesariamente genera conflictos. Para esta perspectiva los modos de “evadir” (Shibutani, 1961, p. 569) esos conflictos comprenden acciones tales como:

- Mantener los viejos modos de comportarse, guardando las apariencias.
- Dejar pasar (“hacer la vista gorda”) las violaciones a las normas que se desea cambiar.
- Evasión de normas socialmente aceptadas.
- Ritualismo.
- Creación de modos de entendimiento informales entre personas conocidas para alcanzar de manera subrepticia ciertos fines.
- Aparición de corrupción y peculado.
- Difusión del individualismo ya que la gente se siente mas libre de dedicarse a lograr sus fines personales.

La perspectiva planteada es la de una situación de tensión que genera perturbación sobre la conducta individual. Otra corriente asume esa repercusión desde una posición diferente.

La Perspectiva del Crecimiento: Las Ventajas Personales del Cambio

Algunas corrientes psicológicas de influencia fenomenológica han adoptado visiones menos alarmantes del cambio, aceptando los efectos positivos que pueden desprenderse de él para beneficiar a los individuos. El problema de la transformación residiría en la incapacidad de las personas para aceptarla. Pero por cuanto ella es inevitable, ya que a lo largo de la vida de los seres humanos múltiples cosas cambiarán, es necesario buscar el equilibrio entre el desplacer sufrido cuando las cosas no ocurren como lo esperábamos y nuestra capacidad de ajustarnos a las nuevas condiciones. La reestructuración de nuestras metas y expectativas que se produzca redundará entonces en beneficio y salud para la persona. Se trata de tener flexibilidad para acomodarse a los cambios en el entorno y para asimilarlos como parte de lo deseable-deseado. Un ejemplo de esta concepción puede verse en Watzlawick, Weakland y Fisch (1976). En ella el cambio es enfocado desde una perspectiva individualista, en la cual cada persona reacciona ante circunstancias provenientes del entorno, bien adaptándose y adoptándolos, o bien reestructurando su entorno con lo cual se convierte en agente de la transformación. En el primer caso, la adaptación, se cambia para que nada cambie. En el segundo caso, la reestructuración, el cambio producido transforma la estructura en la cual tiene lugar, que ya no podrá ser la misma. Pero como la posición asumida en esta perspectiva parte del individuo, se considera que es la persona la que se constituirá en recipiente de la transformación, pues abandona el nivel en el cual se encontraba para ocupar otro diferente. En este caso se cambia para cambiar. Se trata entonces de una teoría de la relación entre el individuo, el cambio y sus efectos en ambos.

Pero aun no se explica por qué no se cambia. Esto le va a intentar una teoría psicosocial de la relación entre constancia y dinámica social.

Otros Intentos: El Nivel Microsocial de Dinámica y Stásis

Una teoría psicosocial que abarca simultáneamente la transformación y la permanencia surge casi al cierre del siglo XX: la teoría del *reducton*³ social, creada por los psicólogos Fathali Moghaddam, iraní, y Rom Harré (1996), británico de origen neocelandés. Estos autores analizando el problema del cambio y de la permanencia llegan a la conclusión de que el origen del mantenimiento de prácticas resistentes a los mas esforzados y dramáticos cambios producidos en los niveles macrosocial y mesosocial, residen en la conducta cotidiana. Por lo tanto generan una medida que llaman *reducton*. Los reductones sociales actuarían como sistemas, es decir, como «redes de prácticas válidas interconectadas localmente, implementadas a través de normas implícitas y habilidades sociales relacionadas que efectúan relaciones sociales en dominios particulares» (Moghaddam & Crystal, 1997, p. 359; Moghaddam & Harré, 1996). Ejemplo de tales sistemas serían las relaciones informales de autoridad, que incluyen aspectos de género o de edad. Un *reducton* es entonces una unidad de conducta social, considerada como semejante a la partícula subatómica llamada *protón*³. Su carácter elemental no reside en una reducción de la acción, sino en el hecho de que es llevada a cabo sin esfuerzo consciente, pues su ejecución pone en práctica habilidades sociales adquiridas durante el proceso de socialización. Los reductones forman parte de lo que se suele llamar comportamiento correcto o esperado socialmente. Son la base y el núcleo de la conducta social “adecuada”, aquella que se considera propia de la ocasión y sobre la cual ni siquiera se comenta; la conducta que debe ser, producida de manera casi maquinal. En este sentido la teoría no es causal sino normativa.

Esta cualidad de los reductones hace que los cambios producidos en el nivel macrosocial no los toquen, no lleguen a ellos. Y por cuanto los cambios se producen en diferentes niveles sociales: macrosocial, mesosocial, microsocial, es posible que lo que se produce en uno de ellos no necesariamente alcance a todos los demás. Puede haber importantes cambios en instituciones de orden educativo, comunicacional, religioso, o político; cambios en grupos familiares o de pares, y sin embargo, ciertas prácticas cotidianas pueden no verse afectadas. E igualmente puede ocurrir que cambios producidos en estas prácticas, no afecten a los otros niveles. La actividad llevada a cabo en un nivel puede oponerse y resistir a la que se da en otros niveles, al igual que también puede influirlos. Esa disparidad acelera o disminuye el ritmo del cambio social y es por eso que a

³ Los autores comparan al *reducton* con el *protón*, pero Plinio Negrete (01/07/2002), físico de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela), al conocer este texto, hizo la observación de que más bien debe ser comparado con el *mesón*, partícula que sirve como conectivo estabilizador entre los elementos del átomo.

pesar de las revoluciones, algunos hábitos, algunas costumbres, algunos modos de interpretar la realidad, tardan en desaparecer. O se hace una revolución para derrocar a un autócrata, obteniendo luego a un nuevo autócrata como gobernante (lo que se ha llamado en psicología política la paradoja de las revoluciones).

La teoría del *reducton social* considera que la máxima velocidad con la cual se produce un cambio en el nivel macrosocial es mayor que la máxima velocidad de cambio en el nivel microsocia. Esto explicaría por qué ciertos cambios sociales propuestos en el nivel político, económico, sanitario, religioso y en general cambios de alcance nacional o cultural, tardan en implantarse en toda la población.

El *reducton social*, a pesar de que el nombre nos suene un poco a medicamento, es una idea ingeniosa. Moghaddam y Harré (1996) lo utilizan fundamentalmente para explicar por qué ciertas ideas innovadoras tardan tanto en arraigarse, o por qué a pesar de sus esfuerzos, líderes de gran arrastre popular y de enorme carisma, y también las más despóticas dictaduras y gobiernos autoritarios, no logran prevalecer de manera unánime ni inmediata. Pero este constructo todavía no permite saber qué pasa en el nivel psicológico, cómo funciona para mantener un modo de hacer.

La Noción de *Habitus*. El Pivote de la Constancia y de la Transformación

Un cuarto de siglo antes, el antropólogo francés Pierre Bourdieu, en 1972, había presentado una noción que usaré para centrar el problema de la constancia indeseada y del cambio inesperado de manera más completa. La noción de *habitus*, presentada en su *Esquisse d'une théorie de la pratique*, intenta explicar cómo se produce la diaria reproducción de la vida cotidiana, tratando de dar cuerpo a la vieja metáfora del "hacer que cada día sea igual a los otros". Con ella Bourdieu encara el problema que constituye el meollo de los estudios psicosociales: la dialéctica entre interioridad y exterioridad (Bourdieu, 1972, p. 175). La relación que lleva a interiorizar lo exterior y a exteriorizar lo interior. Bourdieu coloca como elementos base de esa teoría de la práctica a las *estructuras*, esto es, las condiciones materiales de existencia; a los *habitus* y a las *prácticas*.

Las estructuras forman entornos específicos, en los cuales producen *habitus*, que a su vez generan prácticas que mantienen esas estructuras y que los perpetúan. A fin de entender los procesos de mantenimiento y de transformación, examinaré brevemente la noción de *habitus*.

Por *habitus* Bourdieu (1972) entiende:

"Un sistema de *disposiciones* durables, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, en tanto que principio de generación y de estructuración de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente "reguladas" y "regulares" sin para nada ser el producto de la obediencia a reglas, objetivamente adaptadas a su finalidad sin suponer la dirección consciente de los fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos y, siendo todo esto, colectivamente orquestado sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta." (1972, p. 175)

Una desconstrucción de la definición de Bourdieu (1972) me permite presentar las características de la noción en la Tabla 1.

El *habitus* explica el cómo y el por qué ciertas prácticas permanecen a pesar de los esfuerzos para que desaparezcan, y por qué, una vez desaparecidas las restricciones y constricciones que impedían o prohibían su manifestación pública o libre, ellas afloran nuevamente. El *habitus* es entonces el ámbito en el cual ocurre la transmutación de lo exterior y lo interior, pues así como sostiene ciertas prácticas que se ejecutan sin pensar, sin dirección externa, sin conciencia directa que produzca una decisión reflexionada de realizarlas, así mismo él es necesario para que nuevas prácticas adquieran ese carácter natural y fluido, deviniendo “habituales”, convirtiéndose en modos de hacer “lo que se hace”. De tal manera que cambio y permanencia pasan por el nivel individual de la conciencia naturalizada hasta el punto de ya no ser pensada sino ejecutada. No se trata aquí de inconsciencia, sino de conciencia no pensada, no cuestionada, socialmente esperada y aceptada y sobre todo, conciencia que deviene acción necesaria y debida, ejecutada maquinalmente. Porque sí, porque así son las cosas. Porque eso es lo que se hace. Cambio y permanencia pasan entonces a lo que podríamos llamar una “conciencia de las acciones”, a una memoria de los gestos, de los movimientos, de los ritmos y de las palabras que se dicen a sí mismas, que no necesitan de la orden externa para llevarse a cabo. Que se dicen porque sí.

Los *habitus* entonces, mantienen las mismas estructuras, costumbres y relaciones en las cuales a su vez ellos fueron producidos. A la vez y porque funcionan como “una matriz de percepciones, de apreciaciones y de acciones” (Bourdieu, 1972, p. 178) permiten el fluir de la vida cotidiana en toda su complejidad, no porque repitan de manera estereotipada las mismas acciones una y otra vez, sino porque constituyen una predisposición (pre-disposición). Una

Tabla 1

Características de la Noción de Habitus

Es una regularidad asociada a un entorno socialmente estructurado.
Es duradero.
Constituye una conducta estructurante que a la vez es estructurada (un patrón de comportamiento establecidos y estables).
Es una práctica y representación de condición regulada y regular.
Se lleva a cabo sin que haya una dirección conscientemente elegida, ni tampoco dominio explícito de las operaciones necesarias para alcanzar sus objetivos.
Está ajustado a regulaciones colectivas, sin necesidad de recibir instrucciones específicas.
Permite que las personas encaren situaciones inesperadas.
Hay una anticipación implícita de las consecuencias de tales situaciones.
Constituye una respuesta socialmente codificada y esperada.
Tiende a reproducir las estructuras sociales objetivas de las cuales es el efecto, a la vez que las mantiene.
Carece de intención estratégica ya que actúa como enlace coyuntural.

Fuente: Extraída de Montero (2000).

disposición a, que ajusta a, y sobre la cual discurre parte del quehacer cotidiano y también muchas de las respuestas a situaciones inesperadas. Y como los *habitus* dependen de los diferentes y particulares entornos que se producen en una misma sociedad, ellos serán los responsables de mantener las prácticas de unos y de instaurar las prácticas de otros. Lo cual hace de ellos el asiento y la plataforma de lanzamiento tanto de la permanencia como del cambio.

Esta noción me parece útil para comprender el problema del cambiar para seguir siendo y del ser para poder cambiar. Es de esto que trata la relación entre transformación y estabilidad, ya que la sociedad de la que hablamos, en la cual estamos y a cuyo cambio se teme, o a cuya stásis se intenta sacudir, es el producto de seres humanos en relación. Ninguna sociedad es independiente de los seres que la constituyen, por mas que las instituciones que en ellas se construyen se nos pretendan imponer una y otra vez como superiores e inevitables.

Sin embargo, el *habitus* ha sido ignorado por la psicología, que al ignorar la historia, en este caso de las ciencias sociales y de sus construcciones teóricas, se ha visto obligada a repetirla. Este es el caso de la noción de *reducton social*, que permite explicar el problema, pero fuerza es reconocer que el concepto de *habitus* está mejor definido y, manteniendo su carácter microsocia, tiene un carácter holista más abarcador y que describe mejor cómo se mantienen las costumbres, los modos de comportarse, a pesar de los cambios introducidos en el nivel macrosocia, es decir en la estructura social y en sus instituciones. El *habitus* permite ver cómo se mantienen ciertas cadenas de comportamiento sostenidas por patrones de conducta que se aceptan sin el menor cuestionamiento a su origen o a su finalidad o a su inserción en la vida diaria (Montero, 2000).

La Relación entre Constancia y Transformación. Una Perspectiva Psicosocia

Las raíces psicológicas de la conducta social no pueden verse como hilos separados, flotantes en el espacio colectivo, sino como un tramado complejo de intrincado diseño. Constancia y transformación, permanencia y cambio y las innumerables acciones que desplegamos para que ambos se produzcan, deben ser tratados desde la perspectiva de la complejidad y de la paradoja. Es esa perspectiva la que rige aquello que Baudrillard (1983) ha llamado "objetos fatales", caracterizados por escapar a nuestro deseo y necesidad de asirlos, medirlos, describirlos, explicarlos; por trascender a las explicaciones que sobre ellos construimos y por presentárnos una y otra vez, complejos, inmediatos y lejanos, inaccesibles e inevitables, tentadores, difíciles, imposibles. La relación entre cambio y constancia, transformación y estabilidad es uno de esos objetos fatales. De ellos tiene la complejidad, porque no son fenómenos independientes ni reductibles a una secuencia de acciones claramente identificables, y porque suponen la activación de múltiples procesos tanto conativos y cognoscitivos, como afectivos. Participan de la paradoja, por cuanto al igual que ocurre en muchos

aspectos de la vida humana, lo inverosímil, lo inesperado, la contradicción, el absurdo, están presentes en la relación en la cual se dan. Para que nada cambie, es necesario desplegar mucha actividad; para que mucho o algo cambie, es necesario desplegar mucha actividad. Así, paradójicamente, de la actividad resulta la permanencia, y en esa permanencia se genera la actividad. La dinámica del cambio es también la dinámica de la stásis.

Una Propuesta para Estudiar la Relación Cambio-Constancia

Como propuesta para entender la relación presentada en la Figura 1, es necesario partir de lo que es el producto final (y paradójicamente, también primero) de la dinámica social: la formación sociocultural en la cual se relacionan y actúan las personas y que como ya es bien sabido, es el producto de su acción a la vez que influye sobre ellos.

Las normas y visión del mundo de cada cultura generan estilos de vida que son el producto de, a la vez que los productores de, patrones estructurados de comportamientos regulares y estables, algunos de los cuales pasan a consustanciarse de tal manera con esa visión del mundo y con la normatividad conjuntamente construida, que son ejecutados de manera espontánea, mecánica, no mediada por la reflexión ni por las decisiones explícitas. Esas “estructuras” de comportamiento, estructuradas y estables, no discutidas, no conscientemente asumidas, son los *habitus*. Y ellos configuran modos de enfrentar la vida cotidiana considerados como *la manera natural de ser y hacer en una cultura*, a la vez que suponen una codificación no expresa, que incluyen expectativas sociales respecto de los propios *habitus* (no se espera o piensa que se pueda actuar de otra manera), hasta el punto de anticipar las consecuencias de esas acciones, con lo cual a la vez que sirven de enlaces coyunturales entre diversas situaciones, reproducen también las estructuras sociales que los han generado.

Esta dinámica se produce mediante los procesos psicosociales de familiarización y de naturalización (Montero, 1994; Moscovici, 1961). Ambos descritos en la literatura especializada, como las vías para aceptar lo extraño y para internalizar y considerar como parte del “modo de ser del mundo”, a ciertas acciones y relaciones de la vida cotidiana. Naturalización y familiarización, mas *habitus*, serían los responsables micro sociales del mantenimiento de ciertas y estructuras y ciertos modos de vida, a la vez que de la permanencia o stásis social.

El choque entre estas formas fijas, no cuestionadas, maquinales, de actuar y la introducción de formas de acción o de nuevas concepciones del mundo que tocan esos aspectos profundos y básicos de la vida social, podrían estar en la base de transformaciones psicosociales producidas en los procesos que combinan la acción con la reflexión. Combinación esta que como ya lo indicara Freire (1970, 1973) conduce al proceso de concientización y problematización, que desnaturalizan lo considerado como “normal”, revelando contradicciones y mostrando posibilidades de actuar de manera diferente. El primero se define como el proceso de movilización de la conciencia, de carácter liberador, respecto de

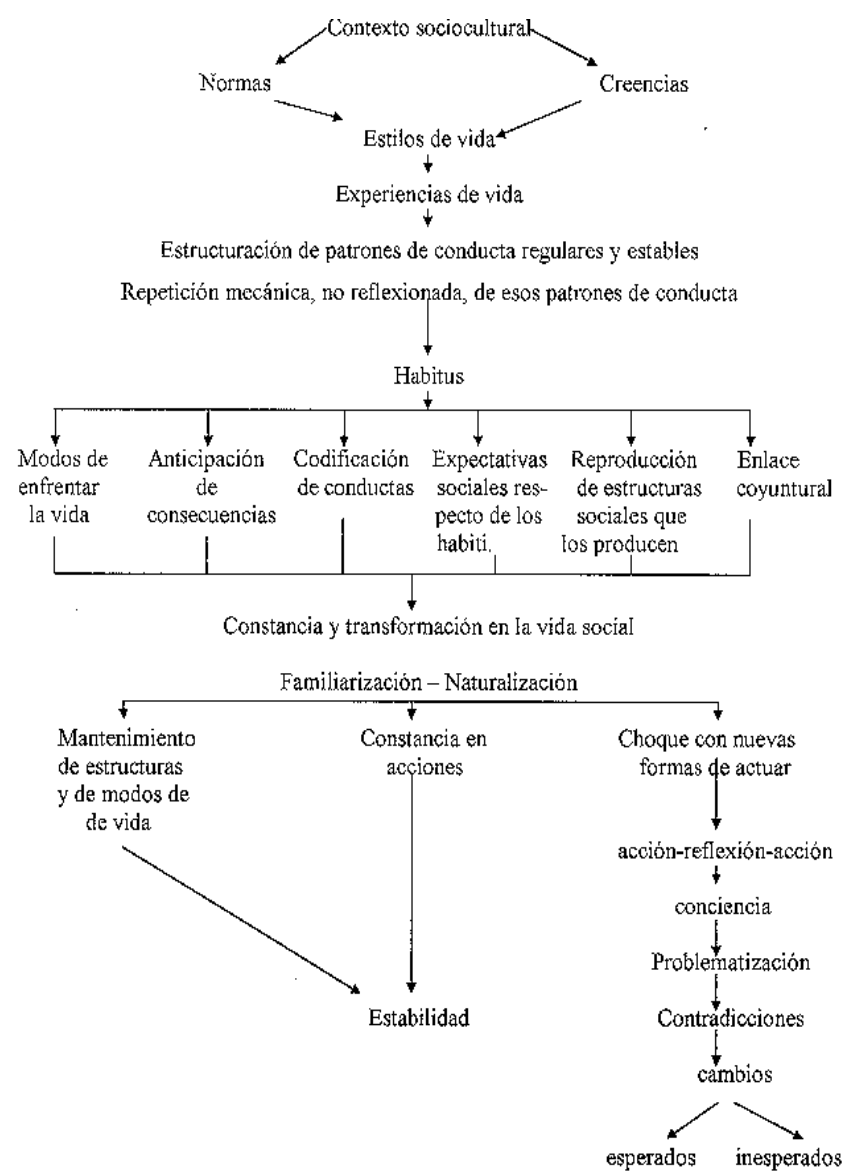


Figura 1. Relación entre cambio y estabilidad en la vida social

situaciones, hechos o relaciones, causas y efectos hasta ese momento ignorados o inadvertidos. El segundo, relacionado con el primero, consiste en problematizar el carácter esencial y natural adjudicado a ciertos hechos o relaciones, revelando sus contradicciones, así como su carácter ligado a intereses sociales o políticos. En estos procesos radicaría la posibilidad de los cambios tanto esperados como inesperados, según estos procesos se den en una relación intencional o como parte del proceso específico que puede darse en una colectividad, grupo o persona, en sus experiencias de vida.

Así, tanto cambio cuánto permanencia son parte del continuo fluir. Pero no todo corre, ni fluye con la misma velocidad, o al mismo ritmo y en el mismo momento. Todo se mueve, mucho fluye y algo permanece, sentando las bases para la construcción de nuevas relaciones y para que la memoria social permita que la humanidad se reconozca en el perpetuo movimiento del ser y del estar. Una y múltiple en sus diversos rostros.

Referencias

- Asch, S. E. (1951). Effects of group pressure upon the modification and distortion of judgment. En H. Guetzkow (Ed.), *Groups, leadership and men* (pp. 177-190). Pittsburgh, USA: Carnegie Press.
- Asch, S. E. (1952). *Social psychology*. Englewood Cliffs, N J, USA: Prentice Hall. (Traducción castellana en Buenos Aires, Argentina: Eudeba, 1959)
- Baudrillard, J. (1983). *Les stratégies fatales*. Paris, France: Grasset.
- Boudon, R. (1984). *La place du désordre*. Paris, France: P.U.F.
- Bourdieu, P. (1972). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Paris, France: Droz.
- Doise, W. (1987). Identité, conversion et influence sociale. En S. Moscovici (Ed.), *Psychologie de la conversion* (pp. 23-34). Paris, France: Del Val.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Freire, P. (1973). *La concientización en el medio rural*. Ciudad de Mexico, México: Siglo XXI.
- Ibáñez, T. (1987). Pouvoir, conversion et changement social. En S. Moscovici & G. Mugny (Eds.), *Psychologie de la conversion* (pp. 219-238). Cusset, Suiza: Del Val.
- Moghaddam, F. & Crystal, D. S. (1997). Revolutions, samurai and reductons: The paradoxes of change and continuity in Iran and Japan. *Political Psychology*, 18(2), 355-384.
- Moghaddam, F. & Harré, R. (1996). Psychological limits to political revolutions: An application of social reducton theory. En E. Fasselberg, IL. Martienssen & F. Radtke (Eds.), *The concept of dialogue at the end of the 20th century* (pp. 230-240). Berlin, Alemania: Hegel Institute.
- Montero, M. (1994). Procesos de influencia social consciente e inconsciente en el trabajo psicosocial comunitario. La dialéctica entre mayorías y minorías activas. En M. Montero (Ed.), *Psicología social comunitaria. Teoría, método y experiencia* (pp. 239-257) Guadalajara, México: Editorial de la Universidad de Guadalajara..
- Montero, M. (1998). Dialectic between active minorities and majorities: A study of social influence. *Journal of Community Psychology*, 26(3), 281-289
- Montero, M. (2000). Social change and sociohistorical processes. En A. E. Kazdin (Ed.), *Encyclopedia of psychology*. Washington, USA: Oxford University /American Psychological Association.
- Moscovici, S. (1961). *La psychanalyse, son image et son public*. Paris, France: Privat.
- Moscovici, S. (1979). *Psychologie des minorités actives*. Paris, France: P.U.F.
- Moscovici, S. & Mugny, G. (Eds.). (1987). *Psychologie de la conversion*. Cusset, Suiza: Del Val.
- Mugny, G. (1981). *El poder de las minorías*. Barcelona, España: Rol.

CAMBIO Y ESTABILIDAD SOCIAL

- Paicheler, G. (1985). *Psychologie des influences sociales. Contraindre, convaincre, persuader*. Neuchatel, Suiza: Delachaux et Niestlé.
- Sánchez, E. (2000). *Todos con la "esperanza". Continuidad de la participación comunitaria*. Comisión de Estudios de Postgrado, Fac. de Humanidades y Educación, Univ. Central de Venezuela, Caracas, Venezuela.
- Shibutani, T. (1961). *Society and personality* (An interactionist approach to social psychology). Englewood Cliffs, NJ, USA: Prentice-Hall.
- Thomas, W. I. & Znaniecki, F. (1918). *The polish peasant in Europe and America*. Boston, USA: Badger.
- Watzlawick, P. J., Weakland, J. H. & Fisch, R. (1976). *Cambio*. Barcelona, España: Herder.

293
ARTICULOS

Maritza Montero. Psychologist (Universidad Central de Venezuela); M.Sc. in Psychology (Universidad "Simón Bolívar", Venezuela), and Ph.D. in Sociology (Université de Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, France). Professor, and Coordinator of the Psychology Doctorate studies at Universidad Central de Venezuela. Community and Political Psychology have been her main areas of study, research and action for twenty five years.